

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum*

*Non praevalent*

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

17 de octubre de 2021



Encontrar,  
escuchar,  
discernir

INICIO DEL SÍNODO: • Número monográfico



El Papa da inicio al proceso sinodal invitando a ir al encuentro de los demás para dar vida a un camino de discernimiento espiritual

# A la escucha de las preguntas, de los afanes y de las esperanzas cada pueblo y nación

«El Espíritu nos pide que nos pongamos a la escucha de las preguntas, de los afanes, de las esperanzas de cada Iglesia, de cada pueblo y nación». Lo dijo el Papa Francisco en la homilía de la celebración eucarística para la apertura del proceso sinodal presidida el domingo, 10 de octubre, por la mañana, en la basílica Vaticana.

Una persona, un hombre rico, corrió hacia Jesús mientras Él «iba de camino» (Mc 10,17). Muchas veces los Evangelios nos presentan a Jesús “en camino”, acompañando al hombre en su marcha y escuchando las preguntas que pueblan e inquietan su corazón. De este modo, Él nos revela que Dios no habita en lugares asépticos, en lugares tranquilos, lejos de la realidad, sino que camina a nuestro lado y nos alcanza allí donde estemos, en las rutas a veces ásperas de la vida. Y hoy, al dar inicio al itinerario sinodal, todos —el Papa, los obis-

pos, los sacerdotes, las religiosas y los religiosos, las hermanas y los hermanos laicos— comenzamos preguntándonos: nosotros, comunidad cristiana, ¿encarnamos el estilo de Dios, que camina en la historia y

Hacer sínodo significa caminar juntos en la misma dirección. Miremos a Jesús, que en primer lugar encontró en el camino al hombre rico, después escuchó sus preguntas y finalmente lo ayudó a discernir qué tenía que hacer para heredar la vida eterna

comparte las vicisitudes de la humanidad? ¿Estamos dispuestos a la aventura del camino o, temerosos ante lo incierto, preferimos refugiarnos en las excusas del “no hace falta” o del “siempre se ha hecho así”? Hacer sínodo significa caminar

juntos en la misma dirección. Miremos a Jesús, que en primer lugar encontró en el camino al hombre rico, después escuchó sus preguntas y finalmente lo ayudó a discernir qué tenía que hacer para heredar la vida eter-

na. Encontrar, escuchar, discernir: tres verbos del Sínodo en los que quisiera detenerme. Encontrar. El Evangelio comienza refiriendo un encuentro. Un hombre se encontró con Jesús y se arrojó ante Él, haciéndole una pregunta decisiva:

«Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» (v. 17). Una pregunta tan importante exige atención, tiempo, disponibilidad para encontrarse con el otro y dejarse interpelar por su inquietud. El Señor, en efecto, no se muestra distante, molesto o alterado, al contrario, se detiene con él. Está disponible para el encuentro. Nada lo deja indiferente, todo lo apasiona. Encontrar los rostros, cruzar las miradas, compartir la historia de cada uno; esta es la cercanía de Jesús. Él sabe que un encuentro puede cambiar la vida. Y en el Evangelio abundan encuentros con Cristo que reaniman y curan. Jesús no tenía prisa, no miraba el reloj para terminar rápido el encuentro. Siempre estaba al servicio de la persona que encontraba, para escucharla. También nosotros, que comenzamos este camino, estamos llamados a ser expertos en el arte

del encuentro. No en organizar eventos o en hacer una reflexión teórica de los problemas, sino, ante todo, en tomarnos tiempo para estar con el Señor y favorecer el encuentro entre nosotros. Un tiempo para dar espacio a la oración, a la adora-

ANDREA MONDA  
director

Silvina Pérez  
jefe de la edición

L'OSSERVATORE  
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA  
*Unicusque sum Non praevalent*

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.or@spc.va  
www.osservatoreromano.va

Redacción  
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma  
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico  
pubblicazioni.photo@spc.va

ción, esta oración que tanto descuidamos: adorar, dar espacio a la adoración, a lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia; para enfocarnos en el rostro y la palabra del otro, encontrarnos cara a cara, dejarnos alcanzar por las preguntas de las hermanas y los hermanos, ayudarnos para que la diversidad de los carismas, vocaciones y ministerios nos enriquezca. Todo encuentro —lo sabemos— requiere apertura, valentía, disponibilidad para dejarse interpelar por el rostro y la historia del otro. Mientras a menudo preferimos refugiarnos en relaciones formales o usar máscaras de circunstancia, el espíritu clerical y de corte, soy más monsieur l'abbé que padre, el encuentro nos cambia y con frecuencia nos sugiere nuevos caminos que no pensábamos recorrer. Hoy, después del Ángelus, recibiré a un grupo de personas de la calle, que simplemente se reunió porque hay un grupo de gente que va a escucharlos, solo para escucharlos. Y desde la escucha lograron empezar a caminar. Muchas veces es este justamente el modo en que Dios nos indica la vía a seguir, haciéndonos salir de nuestras rutinas desgastadas. Todo cambia cuando somos capaces de encuentros auténticos con Él y entre nosotros. Sin formalismos, sin falsedades, sin maquillajes. Segundo verbo: escuchar. Un verdadero encuentro sólo nace de la escucha. Jesús, en efecto, se puso a escuchar la pregunta de aquel hombre y su inquietud religiosa y existencial. No dio una respuesta formal, no ofreció una solución prefabricada, no fingió responder con amabilidad sólo para librarse de él y continuar su camino. Simplemente lo escuchó. Todo el tiempo que fue necesario lo escuchó sin prisa. Y la cosa más importante, Jesús no tiene miedo de



escucharlo con el corazón y no sólo con los oídos. En efecto, su respuesta no se limitó a contestar la pregunta, sino que le permitió al hombre rico que contara su propia historia, que hablara de sí mismo con libertad. Cristo le recordó los mandamientos, y él comenzó a hablar de su infancia, a compartir su itinerario religioso, la manera en la que se había esforzado por buscar a Dios. Cuando escuchamos con el corazón sucede esto: el otro se siente acogido, no juzgado, libre para contar la propia experiencia de vida y el propio camino espiritual. Preguntémosnos, con sinceridad en este itinerario sinodal: ¿cómo estamos con la escucha?

¿Cómo va “el oído” de nuestro corazón? ¿Permitimos a las personas que se expresen, que caminen en la fe aun cuando tengan recorridos de vida difíciles, que contribuyan a la vida de la comunidad sin que se les pongan trabas, sin que sean rechazadas o juzgadas? Hacer sínodo es ponerse en el mismo camino del Verbo hecho hombre, es seguir sus huellas, escuchando su Palabra junto a las palabras de los demás. Es descubrir con asombro que el Espíritu Santo siempre sopla de modo sorprendente, sugiriendo recorridos y lenguajes nuevos. Es un ejercicio lento, quizá fatigoso, para aprender a escucharnos mutuamente —obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, todos, todos

los bautizados— evitando respuestas artificiales y superficiales, respuestas prêt-à-porter, no. El Espíritu nos pide que nos pongamos a la escucha de las preguntas, de los afanes, de las esperanzas de cada Iglesia, de cada pueblo y nación. Y también a la escucha del mundo, de los desafíos y los cambios que nos pone delante. No inoñoricemos el corazón, no nos

un camino de discernimiento espiritual, de discernimiento eclesial, que se realiza en la adoración, en la oración, en contacto con la Palabra de Dios. Y hoy la segunda lectura nos dice justamente que «la Palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que una espada de dos filos: ella penetra hasta dividir alma y espíritu, articulaciones y médulas, y discierne

---

Un tiempo para dar espacio a la oración, a la adoración, esta oración que tanto descuidamos: adorar, dar espacio a la adoración, a lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia

---

blindemos dentro de nuestras certezas. Las certezas tantas veces nos cierran. Escuchémosnos. Por último, discernir. El encuentro y la escucha recíproca no son algo que acaba en sí mismo, que deja las cosas tal como están. Al contrario, cuando entramos en diálogo, iniciamos el debate y el camino, y al final no somos los mismos de antes, hemos cambiado. Hoy, el Evangelio nos lo muestra. Jesús intuye que el hombre que tiene delante es bueno, religioso y practica los mandamientos, pero quiere conducirlo más allá de la simple observancia de los preceptos. En el diálogo, lo ayuda a discernir. Le propone que mire su interior, a la luz del amor con el que Él mismo, mirándolo, lo ama (cf. v. 21), y que con esta luz discierna a qué está apegado verdaderamente su corazón. Para que luego descubra que su bien no es añadir otros actos religiosos sino, por el contrario, vaciarse de sí mismo, vender lo que ocupa su corazón para hacer espacio a Dios.

Es una indicación preciosa también para nosotros. El sínodo es

las intenciones y pensamientos del corazón» (Hb 4,12). La Palabra nos abre al discernimiento y lo ilumina, orienta el Sínodo para que no sea una “convención” eclesial, una conferencia de estudios o un congreso político, para que no sea un parlamento, sino un acontecimiento de gracia, un proceso de sanación guiado por el Espíritu. Jesús, como hizo con el hombre rico del Evangelio, nos llama en estos días a vaciarnos, a liberarnos de lo que es mundano, y también de nuestras cerrazones y de nuestros modelos pastorales repetitivos; a interrogarnos sobre lo que Dios nos quiere decir en este tiempo y en qué dirección quiere orientarnos.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buen camino juntos! Que podamos ser peregrinos enamorados del Evangelio, abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo. No perdamos las ocasiones de gracia del encuentro, de la escucha recíproca, del discernimiento. Con la alegría de saber que, mientras buscamos al Señor, es Él quien viene primero a nuestro encuentro con su amor.

Reflexión en el inicio del Sínodo

# No somos dueños del Evangelio sino sus servidores

JEAN-CLAUDE HOLLERICH\*

Mi intervención se llama saludo, por eso quisiera saludarlos a todos juntos; obispos, sacerdotes, consagrados, laicos, cristianos de todos los continentes, cristianos practicantes, cristianos al margen de la Iglesia, cristianos progresistas y cristianos conservadores... jóvenes y mayores, hombres y mujeres de todas las generaciones, hermanas y hermanos en busca de Dios, o, simplemente curiosos.

En realidad, no soy yo quien debe saludar, sino que todos debemos saludarnos. Saludar a alguien significa ser consciente de su presencia, saludar a alguien significa dejar que el otro entre en mi vida, dejándome perturbar por un encuentro. Una iglesia sinodal es una iglesia relacional, una iglesia de encuentro. Tendremos reuniones a nivel de diferentes grupos, a nivel de diócesis, a nivel de conferencias episcopales, a nivel de continentes y finalmente la Asamblea General con los padres sinodales en octubre de 2023 en esta misma sala. Nuestras reuniones no son un evento único, sino que están pensadas para durar en el tiempo. Tomarse tiempo para el otro, caminar juntos. Cuando caminamos, alguien tiene que elegir la dirección del viaje. Este papel corresponde al Espíritu Santo. Conocemos estas formas de proceder: a veces, como en Pentecostés, se manifiesta y llena nuestro corazón de alegría y claridad, una claridad que ilumina y define nuestro camino. Mucho más a menudo nos deja dirigir nuestro camino con pequeñas piezas de un rompecabezas, un rompecabezas con muchos colores que vienen de todos mis hermanos y hermanas. Así que tenemos ante nosotros un

deber de discernimiento; tenemos que elegir las piezas adecuadas una tras otra, en un orden determinado, con la participación de todos.

Es un gigantesco rompecabezas en el que todos pueden participar, especialmente los más pobres, los que no tienen voz, los que están en la periferia. Si excluimos a cualquier jugador, el rompecabezas no estará completo. Es el Espíritu Santo el que inspira nuestras intervenciones y nos lleva a completarlas.

Algunos de ustedes dirán: Sí, pero así comienzan las tentaciones del Maligno, que no quiere ver a la Iglesia de Cristo caminando junta.

Permítanme dar algunos ejemplos de estas tentaciones. La lista no es exhaustiva, pero se basa, como pueden imaginar, en mi experiencia personal.

"Es una buena idea, pero no tengo tiempo. Tengo la agenda llena. Algún otro tendrá que hacerlo por mí."

"Parece una buena idea, pero no se puede tomar en serio. Conocemos la estructura de la Iglesia y la verdad de su enseñanza. ¿No es esta una forma de hacernos tragar cambios que ya están decididos de antemano?"

"Es una buena idea, pero el tiempo es escaso, así que no haré nada".

"Me gusta escuchar la opinión de unos pocos, pero ¿escuchar la experiencia de todos? Qué utopía".

"No quiero cambios, los cambios perturban mi vida y mis planes pastorales."

Estoy seguro de que cada uno de ustedes podrá completar mi lista de tentaciones.

Así que vamos a empezar un viaje juntos, una Iglesia, un viaje en el

que los Pastores tienen que escuchar la voz de las ovejas.

Escuchar: escuchar la presencia de Dios, la escucha, un acercamiento humilde. Esto va a contracorriente de una sociedad como la nuestra, en la que hay que lucirse, en la que hay que realizarse. La escucha es el paso de un "yo" a un "nosotros". Escuchar es una cualidad divina. Debo confesar que todavía no tengo ni idea de qué instrumento de trabajo voy a escribir. Las páginas están en blanco, ustedes deben rellenarlas. Lo único que pue-

---

Se trata de un Sínodo de obispos, pero ahora pensado y propuesto como un proceso que implica a todo el Pueblo de Dios. Pues el proceso Sinodal no sólo tiene un punto de partida, sino también un punto de llegada en el Pueblo de Dios

---

do decir es que no lo haré solo, un instrumento de trabajo sobre la sinodalidad sólo puede provenir de un trabajo en equipo: "Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos". Se trata de un Sínodo de obispos, pero ahora pensado y propuesto como un proceso que implica a todo el Pueblo de Dios. Pues el proceso Sinodal no sólo tiene un punto de partida, sino también un punto de llegada en el Pueblo de Dios, sobre el que, a través de la reunión de la Asamblea de Pastores, deben derramarse los dones de gracia concedidos por el Espíritu Santo. (cf. EC7)

Permítanme, pues, dirigirme a mis hermanos obispos.

En el momento de nuestra ordenación, el libro del Evangelio fue sostenido sobre nuestras cabezas, pero no proclamamos el Evange-

lio, sino que escuchamos el Evangelio, proclamado por el diácono, con el báculo en la mano. Escuchamos el evangelio proclamado por quien está ordenado para los ministerios de las mesas, los ministerios de los servicios concretos. No somos los dueños del Evangelio, somos sus servidores. Nuestra escucha debe incluir siempre nuestra conversión al Evangelio, al Evangelio que es al mismo tiempo la palabra viva de Cristo y la palabra de la Iglesia. El obispo sólo puede proclamar la

Palabra de Dios en su homilía después de haber escuchado a Cristo y a la Iglesia. Esta misma actitud de escucha es la que caracteriza nuestro papel en el camino sinodal.

Si queremos que el Evangelio de Cristo en nosotros se convierta en acción, debemos pasar por la oración. Los momentos de silencio nos abren el corazón a la escucha. Nos exponemos al amor de Jesús que derrite nuestra resistencia.

El camino sinodal en la diócesis debe abrirse con una oración verdadera y profunda. Sólo la oración puede llevarnos a una actitud interior de apertura y disponibilidad (lo que se llama indiferencia) y a la paz para tomar decisiones en libertad. Recemos por una verdadera comunión. La comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos abre a la comunión de la

Iglesia. La comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, evitará que convirtamos el Sínodo en un debate político en el que cada uno luche por su propia agenda. Por eso, nuestro camino nos llevará a la etapa en la que nuestro Papa sacará conclusiones a partir del Documento Final del Sínodo de los Obispos, que será el fruto de todo el proceso de escucha y discernimiento que se inicia este fin de semana para todo el Pueblo de Dios. Podemos ver la Iglesia jerárquica en funcionamiento. También podemos ver aquí una garantía de catolicidad, es decir, de la universalidad del Sínodo, de la garantía de que no estamos en camino sólo con un grupo de amigos que piensan como yo. Volviendo a la imagen del rompecabezas, éste sólo estará completo cuando los jugadores de los diferentes continentes, de las diferentes realidades eclesiales, hayan unido sus piezas.

La comunión es la garantía de la participación y la participación universal.

La comunión sin misión no durará en el tiempo. Como Cristo Jesús es enviado por su Padre, nosotros somos enviados. Antes de comenzar nuestra misión, debemos estar seguros del tiempo y del espacio que nos son comunes. Vamos a vivir un momento de discernimiento en espiral: desde una pequeña comunidad hasta el momento sinodal global, pasando por diferentes etapas en el espacio y el tiempo, un paso de un "yo" a un "nosotros" cada vez mayor. El discernimiento personal se expande en el discernimiento comunitario y acabará convirtiéndose en un verdadero discernimiento eclesial.

\*Cardenal, relator general del sínodo

En los testimonios de los cinco continentes

# La voz del pueblo de Dios

Toda la experiencia cristiana del sufrimiento se encuentra en el testimonio presentado en el Aula por Dominique Yon, de Sudáfrica. Coordinadora de la Juventud Católica de la Archidiócesis de Ciudad del Cabo, es miembro del Consejo Asesor Internacional de la Juventud. Estudiante de secundaria, “sólo cinco días después del domingo de Pascua”, Dominique fue llevada de urgencia al hospital, donde descubrió que tenía cáncer. “Tuve que someterme a quimioterapia y a sus efectos secundarios durante varios meses”, dijo en inglés, subrayando que la experiencia le dio “una nueva percepción de la fe y la misión, gracias a las personas que tuve la bendición de tener a mi lado”. La fe, dijo, “me ha fortalecido y esto no habría sido posible si no fuera por mi participación en la Iglesia”. Por ello, añadió, “quiero dar a otros la atención y el apoyo que yo he tenido el privilegio de recibir en sus momentos de necesidad”. Y, concluyó, “readaptando las palabras de Nelson Mandela - la visión sin acción es sólo un sueño, la acción sin visión sólo pasa el tiempo, y la visión junto con la acción pueden cambiar el mundo- espero transformar nuestra Iglesia, juntos”.

A través de un vídeo, la hermana Donna L. Ciangio, dominica de Nueva Jersey (Estados Unidos) y mujer canciller de la archidiócesis de Newark, habló en inglés de su experiencia como mujer consagrada. “El Papa Francisco nos pide que seamos discípulos misioneros -comenzó- y para mí eso significa que el bautismo implica la tarea de llevar a Cristo a todos en las múltiples circunstancias de la vida. Como religiosa, mi vocación incluye también la contemplación, el estudio, la construcción de comunidades de fe y la oración”. En las comunidades femeninas de Estados Unidos se vive la sinodalidad, ase-



guró, subrayando que la forma de tomar decisiones es a través de “la recogida de información, el estudio, la contemplación, el discernimiento del Espíritu Santo” para llegar a elecciones compartidas.

“Recibí el bautismo en la Nochebuena de 1966. Tenía 16 años. Fui el primer cristiano de mi familia”. Así comenzó su testimonio en italiano el arzobispo coreano Lazarus You Heung-sik, prefecto de la Congregación para el Clero. “Nací en una familia sin fe religiosa”, confiesa, “fui a la escuela secundaria y al instituto en un colegio católico, que llevaba el nombre de nuestro mártir Andrew Kim Taegon. Fue el primer sacerdote coreano y dio su vida por los demás. Su testimonio me atrajo”. El posterior ingreso en el seminario mayor de Seúl no fue fácil, “porque”, explicó, “nadie en mi familia entendía esta decisión”. Después de tres años, experimentó el “poder del testimonio” durante su servicio militar: “poco a poco, cientos de mis compañeros se bautizaron”. En sus 41 años como sacerdote y luego como obispo -explicó-, el ejemplo de Jesús lavando los pies siempre me ha interpelado.

Y aún más su ofrenda en la cruz. Esto, continuó, “me hizo comprender que vivir plenamente el sacerdocio significa dar la vida por los demás, ponerse al servicio, ser un hombre de diálogo y de comunión”. Y ser Iglesia sinodal “significa vivir y caminar en familia, escuchar el grito de la humanidad, servir a los excluidos... Espero del viaje sinodal -concluyó- que aprendamos cada vez más a vivir como hermanos y hermanas, escuchando a los demás y escuchando al Espíritu, sabiendo captar y hacer crecer todo el bien que se encuentra en la humanidad. Vivir como Iglesia sinodal no será un camino sin esfuerzo, pero significa abrir las puertas al Espíritu para un nuevo Pentecostés”.

¿Qué diferencia puede suponer una Iglesia sinodal para las familias cristianas? Esta es la pregunta que la archidiócesis australiana de Brisbane intentó responder en un vídeo en inglés que se proyectó en la sala. Al tomar la palabra, el arzobispo Mark Coleridge señaló: “Estamos todos juntos en el camino, eso es lo que significa el sínodo; peregrinos juntos, todos los bautiza-

dos, escuchándose unos a otros y escuchando la voz de Dios. Y esto es importante porque no hay otro camino”, comentó mientras pasaban imágenes de vida familiar.

Después tomaron la palabra Toni Janke, madre de dos hijas mayores, Eric Robinson, padre de tres hijos pequeños, Teresa McGrath, madre de dos hijos, Cosme Cham, padre de uno, y Chantale Wilsom, que tiene cuatro hijos. Todos coincidieron en que la “Iglesia debe seguir siendo sinodal si quiere seguir siendo relevante” en la vida social.

A continuación, el sacerdote brasileño Zenildo Lima Da Silva, rector de un seminario en Manaos, describió, a través de una película, su propia experiencia vocacional en una familia no católica y su compromiso ministerial, especialmente entre los indígenas y los jóvenes de los suburbios. La acogida, la defensa de la justicia y la solidaridad son las señas de identidad de su estilo sacerdotal, que ejerce desde el dinamismo de la comunión, la participación y la misión. Recordando a los misioneros italianos de la Consolata y su labor de evangelización, destacó el valor de la experiencia del reciente Sínodo dedicado a la Amazonia y subrayó la importancia de la sinodalidad como criterio orientador también en su actual servicio como formador de candidatos al ministerio ordenado. “Necesitamos una Iglesia saliente”, concluyó, “con un gobierno basado en la participación y no en la verticalidad”.

Por último, el hermano Aloïs, prior de la Comunidad de Taizé, intervino en francés: “Este proceso sinodal llega en un momento crucial en el que asistimos a dos desarrollos contradictorios”, dijo. “Por un lado”, explicó, “la humanidad es más claramente consciente de que todos estamos vinculados entre sí y con toda la creación. Por otra parte, las polarizaciones se agravan en

el plano social, político y ético, provocando nuevas fracturas en las sociedades, entre los países e incluso dentro de las familias”. Por desgracia, continuó, “entre nuestras Iglesias y dentro de ellas, incluso las diferencias tienden a convertirse en polarizaciones divisorias, mientras que nuestro testimonio de paz sería vital”. En definitiva, ¿cómo avanzar en la unidad de los cristianos? Hace poco le planteé la pregunta al pastor Larry Miller, antiguo secretario general del Foro Cristiano Mundial. Respondió que no es bueno empezar diciendo: “Esto es lo que somos y por qué tenemos razón. Se trata más bien de reconocer las debilidades y pedir a las otras Iglesias que nos ayuden a recibir lo que nos falta: es el ecumenismo receptivo, que nos permite acoger lo que viene de los demás”. Este pastor “ve justo. Todos nosotros -insistió el hermano Aloïs- llevamos el tesoro de Cristo en vasijas de barro, y quizás brilla aún más cuando reconocemos humildemente lo que nos falta”. En este sentido, el prior de Taizé, quiso compartir “un sueño: ¿sería posible que un día, durante el proceso sinodal, no sólo los delegados, sino el pueblo de Dios, no sólo los católicos sino los creyentes de las distintas Iglesias, fueran invitados a un gran encuentro ecuménico?”. Animado por la experiencia de Taizé, el prior propuso que “un encuentro de este tipo en Roma y al mismo tiempo en cualquier parte del mundo” podría tener “como centro una sobria celebración de la escucha de la Palabra de Dios, con un largo momento de silencio y una intercesión por la paz. ¿Podrían los jóvenes ser los animadores? ¿Podría prolongarse esta celebración en los intercambios interconfesionales? Descubriríamos que al estar unidos en Cristo nos convertimos en operadores de paz”.

## Ante el inicio del sínodo

# En escucha de la voz del Espíritu

PAUL BÉRÉ\*

Las siete iglesias del mundo están representadas aquí, hoy como en el pasado, para ser enviadas a los confines de la tierra, a las islas más lejanas de la familia humana. Siguiendo el ejemplo de Juan, estamos invitados a escuchar lo que el Espíritu Santo dice a través de nuestras hermanas y hermanos, compañeros de prueba, de dignidad y de perseverancia. Juan no habló de sí mismo. Transmitió lo que oyó; lo que le fue revelado en la visión, por aquella misteriosa voz, poderosa como una trompeta. Es la voz del Espíritu Santo. Esta voz del Espíritu puede ser como una suave brisa que susurra en los oídos del corazón que escucha (cf. 1 Re 3,9; 19,12). También puede ser como una trompeta que supera el estruendo de las voces del mundo. Esos rumores que quieren impedir que nos volvámos a Cristo. Esos escándalos que nos impiden escuchar el aullido de las humanidades desgarradas. Pero la voz del Espíritu excitó la curiosidad de Juan para llamar su atención. Se dio la vuelta. ¿Qué ha visto? Ve a las iglesias en juicio, simbolizadas por los siete candelabros. En medio de ellos, como "hijo de hombre". Es el Jesús vivo y glorioso. Ya no es Jesús en la cruz, cuya cabeza estaba coronada de espinas y cuyos cabellos estaban manchados de sangre. Porque aquí la cabeza y el pelo son blancos como la lana, blancos como la nieve. En la cruz, sus ojos se apagaron. Esta vez son como una llama ardiente. En la cruz, sus pies y manos fueron inmovilizados por los clavos de los verdugos. Aquí sus pies brillan como bronce precioso y sus manos centellean como estrellas. Su rostro, antes lívido, aquí brilla co-

mo el sol. Es una fuente de luz. Su cuerpo entonces desnudo y humillado en la cruz, Juan lo ve ahora vestido con una larga túnica con un cinturón de oro.

Qué contraste. En medio del sufrimiento y la prueba, el Espíritu Santo nos revela el rostro glorioso y triunfante de Cristo. Este magnífico cuadro de Cristo vivo y glorioso, que redibuja la imagen de Jesús en el Calvario, abre el camino sinodal en el que está comprometida toda la Iglesia. Hoy, como ayer, otros discípulos, siguiendo el ejemplo de Juan, hablarán desde cada una de nuestras comunidades, movidos por el mismo Espíritu Santo. Estas voces nos revelarán a Cristo presente en medio de nosotros y su voluntad para con nosotros. Contemplando su rostro y tranquilizados por su presencia, seremos fuente de vida y esperanza para aquellos miembros de la familia humana que están sin aliento, rotos, agotados y a menudo aplastados y amurallados en su grito silencioso. El que está majestuosamente ante nosotros es nuestro Pastor. Él es el Primero, porque nos guía en el camino. Él es el Último, pues nos protege de las fuerzas del Hades. "No tengáis miedo", nos dice. No temamos. Abre nuestros ojos Señor, para que toda tu Iglesia te vea caminar delante y te siga. Que te sienta detrás de ella y siga adelante con confianza, segura de que la estás cuidando. Abre nuestros oídos, para que podamos oírte hablar a través de las hermanas y los hermanos. Sin miedo a la lengua de doble filo. Sin impaciencia con el tartamudo. Abre nuestros corazones y te escucharemos.

\*Jesuita, miembro de la comisión teológica del Sínodo

En el treinta aniversario de las Administraciones apostólicas para los católicos de rito latino en Rusia

## Paso a paso en el camino de la unidad

*Publicamos el saludo del cardenal Mario Grech, secretario general del Sínodo de los obispos al iniciar el encuentro.*

Una cordial bienvenida a todos. Saludo a todos los bautizados que hoy se unen en torno a usted, Santo Padre, y a sus pastores, en este proceso sinodal de toda la Iglesia. No solo a quienes están aquí presentes o nos siguen a través de *Zoom*, porque no pueden estar por las restricciones impuestas por la actual situación pandémica –un pensamiento particular a los queridos hermanos y hermanas de Asia y de Oceanía obligados a estar en casa: os sentimos cercanos y os llevamos en el corazón– sino también a los que, puntos de contacto por el proceso sinodal en las diócesis o fieles de forma particular, nos siguen en directo gracias a los servicios ofrecidos por *Vatican Media* y *Vatican News*. La retroalimentación que hemos reci-

bido después de la publicación del Documento preparatorio, es una confirmación de que son muchas las personas en el mundo que aman al Señor, a su Iglesia y a la humanidad.

De otra manera, ¿cómo se puede explicar el entusiasmo que está generando su llamamiento, Santo Padre, por una Iglesia sinodal? ¡Estoy profundamente convencido de que para muchos de ellos, no se trata de una adhesión emotiva, atraídos por el sueño de una Iglesia sinodal!

Aquí, estamos frente a un lema generado por el Espíritu Santo que está ya trabajando y nos precede en este camino completamente por descubrir. Percibo la dificultad de algunos hermanos y hermanas que se sienten todavía inseguros y tienen miedo frente a este camino, deliberadamente dejado abierto en cuanto a las "supuestas" decisiones a tomar. Me dirijo fraternalmente a ellos diciendo:

no tengáis miedo de hacernos saber vuestros miedos.

La Secretaría del Sínodo está aquí también para escuchar vuestras perplejidades y vuestros miedos: pueden ser saludables para este proceso sinodal. Por tanto, bienvenidos también a vosotros, en esta casa paterna y materna.

Paterna porque es el Padre quien por medio del Espíritu nos está convocando para seguir Jesús. Es también casa materna porque la Iglesia es madre que extiende los brazos para ofrecer a todos su ternura.

La Iglesia es así una familia. Y en cuanto familia, estoy seguro de que el vínculo de amor –que permite a toda familia vivir y permanecer unida, y reconocerse familia también en los momentos de incompreensión o en el miedo– sabrá preservar nuestra unidad como miembros de la familia de Dios.

## A través del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral

# Ayuda del Papa a las poblaciones de Sudán del Sur y Grecia

El Papa Francisco ha enviado ayuda a las poblaciones de Sudán del Sur víctimas de inundaciones y a las de Grecia afectadas por los incendios. Lo anunció el dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, a través de un comunicado el lunes 4 de octubre. En dicho comunicado se subraya cómo, después de las fuertes lluvias y aluviones que el pasado agosto devastaron el país africano, causando más de doce mil desplazados, con cerca de seis mil casas dañadas o destruidas e ingentes daños materiales, el Pontífice ha-

bía establecido enviar 75.000 dólares estadounidenses. La contribución, proporcionada por el mismo dicasterio, fue destinada a las actividades de emergencia y a programas para el sustento de la población en la diócesis de Sudán del Sur de Malakal, duramente golpeada. El Santo Padre además ha dispuesto –prosigue el comunicado– hacer llegar una primera contribución de 50.000 euros para apoyar a las poblaciones griegas que también en agosto reportaron graves pérdidas por los incendios que hubo en la isla de Evia, en la

península del Ática y en la región del Peloponeso, que han destruido más de cien mil hectáreas de terrenos, campos y cultivos. La suma será destinada a las actividades promovidas por Caritas Hellas. Tales iniciativas, concluye el comunicado, «quieren expresar los sentimientos de cercanía espiritual y aliento paternal del Papa Francisco a las personas y territorios afectados. Acompañan a la oración y forman parte de la ayuda que se activa en toda la Iglesia católica, en la que también participan numerosas organizaciones caritativas».

El Papa prosigue comentando la Carta a los Gálatas recordando imposiciones y violencias realizadas en la historia de la Iglesia

# La evangelización no es uniformidad sino respeto de las culturas y unidad

«¿Cuántos errores se han realizado en la historia de la evangelización queriendo imponer un solo modelo cultural! ¡La uniformidad como regla de vida no es cristiana! ¡La unidad sí, la uniformidad no!». Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 13 de octubre. Prosiguiendo en el Aula Pablo VI las catequesis sobre la Carta a los Gálatas, el Pontífice habló de «visión de la libertad propia de Pablo».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro itinerario de catequesis sobre la Carta a los Gálatas, hemos podido enfocarnos en cuál es para san Pablo el núcleo central de la libertad: el hecho de que, con la muerte y resurrección de Jesucristo, hemos sido liberados de la esclavitud del pecado y de la muerte. En otros términos: somos libres porque hemos sido liberados, liberados por gracia —no por pagar— liberados por el amor, que se convierte en la ley suprema y nueva de la vida cristiana. El amor: nosotros somos libres porque hemos sido liberados gratuitamente. Este es precisamente el punto clave.

Hoy quisiera subrayar cómo esta novedad de vida nos abre a acoger a cada pueblo y cultura y al mismo tiempo abre a cada pueblo y cultura a una libertad más grande. San Pablo, de hecho, dice que para quien se adhiere a Cristo ya no cuenta ser judío o pagano. Cuenta solo «la fe que actúa por la caridad» (Gal 5,6). Creer que hemos sido liberados y creer en Jesucristo que nos ha liberado: esta es la fe activa por la caridad. Los detractores de Pablo —esos fundamentalistas que habían llegado allí— lo atacaban por esta novedad, sosteniendo que él había tomado esta posición por oportunismo pastoral, es decir para “gustar a todos”, minimizando las exigencias recibidas de su más estricta tradición religiosa. Es el mismo discurso de los fundamentalistas de hoy: la historia se repite siempre. Como se ve, la crítica

en relación con toda novedad evangélica no es solo de nuestros días, sino que tiene una larga historia a las espaldas. Aun así, Pablo no permanece en silencio. Responde con parresia —es una palabra griega que indica valentía, fuerza— y dice: «Porque ¿busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O es que intento agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo» (Gal 1,10). Ya en su primera Carta a los Tesalonicenses se había expresado en términos parecidos, diciendo que en su predicación nunca había usado «palabras aduladoras, ni con pretextos de codicia, [...] ni buscando gloria humana» (1 Ts 2,5-6), que son los caminos del “fingir”; una fe que no es fe, es mundanidad.

El pensamiento de Pablo se muestra una vez más de una profundidad inspirada. Acoger la fe conlleva para él renunciar no al corazón de las culturas y de las tradiciones, sino solo a lo que puede obstaculizar la novedad y la pureza del Evangelio. Porque la libertad obtenida de la muerte y resurrección del Señor no entra en conflicto con las culturas, con las tradiciones que hemos recibido, sino que más bien introduce en ellas una libertad nueva, una novedad liberadora, la del Evangelio. La liberación obtenida con el bautismo, de hecho, nos permite adquirir la plena dignidad de hijos de Dios, de forma que, mientras permanecemos bien arraigados en nuestras raíces culturales, al mismo tiempo nos abrimos



al universalismo de la fe que entra en toda cultura, reconoce las semillas de verdad presentes y las desarrolla llevando a plenitud el bien contenido en ellas. Aceptar que nosotros hemos sido liberados por Cristo —su pasión, su muerte, su resurrección— es aceptar y llevar la plenitud también a las diferentes tradiciones de cada pueblo. La verdadera plenitud.

En la llamada a la libertad descubrimos el verdadero sentido de la inculturación del Evangelio. ¿Cuál es este verdadero sentido? Ser capaces de anunciar la Buena Noticia de Cristo Salvador respetando lo que de bueno y verdadero existe en las culturas. ¡No es algo fácil! Son muchas las tentaciones de querer imponer el propio modelo de vida como si fuera el más evolucionado y el más atractivo. ¡Cuántos errores se han realizado en la historia de la evangelización queriendo imponer un solo modelo cultural! ¡La uniformidad como regla de vida no es cristiana! ¡La unidad sí, la uniformidad no! A veces, no se ha renunciado ni siquiera a la violencia para que prevalezca el propio punto de vista. Pensemos en las guerras. De esta manera, se ha privado a la Iglesia de la riqueza de muchas expresiones locales que llevan consigo la tradición cultural de enteras poblaciones. ¡Pero esto es exactamente lo contrario de la libertad cristiana!

Por ejemplo, me viene a la mente cuando se ha afirmado la forma de hacer apostolado en China con padre Ricci o en India con padre De Nobili. ... [Algunos decían]: “¡Y no, eso no es cristiano!”. Sí, es cristiano, está en la cultura del pueblo.

En resumen, la visión de la libertad propia de Pablo está completamente iluminada y fecundada por el misterio de Cristo, que en su encarnación —recuerda el Concilio Vaticano II— se ha unido, en cierto modo, con todo hombre (cfr. Const. past. *Gaudium et spes*, 22). Y esto quiere decir que no hay uniformidad, sin embargo, hay variedad, pero variedad unida. De aquí deriva el deber de respetar la proveniencia cultural de cada persona, incluyéndola en un espacio de libertad que no sea restringido por alguna imposición dada por una sola cultura predominante. Este es el sentido de llamarnos católicos, de hablar de Iglesia católica: no es una denominación sociológica para distinguirnos de otros cristianos. Católico es un adjetivo que significa universal: la catolicidad, la universalidad. Iglesia universal, es decir, católica, quiere decir que la Iglesia tiene en sí, en su naturaleza misma, la apertura a todos los pueblos y las culturas de todo tiempo, porque Cristo ha nacido, muerto y resucitado por todos.

Por otro lado, la cultura está, por su misma naturaleza, en continua transformación. Se puede pensar en cómo somos llamados a anunciar el Evangelio en este momento histórico de gran cambio cultural, donde una tecnología cada vez más avanzada parece tener el predomi-

nio. Si pretendiéramos hablar de la fe como se hacía en los siglos pasados correríamos el riesgo de no ser comprendidos por las nuevas generaciones. La libertad de la fe cristiana —la libertad cristiana— no indica una visión estática de la vida y de la cultura, sino una visión dinámica, una visión dinámica también de la tradición. La tradición crece pero siempre con la misma naturaleza. Por tanto, no pretendamos tener posesión de la libertad. Hemos recibido un don para custodiar. Y es más bien la libertad que nos pide a cada uno estar en un constante camino, orientados hacia su plenitud. Es la condición de peregrinos; es el estado de caminantes, en un continuo éxodo: liberados de la esclavitud para caminar hacia la plenitud de la libertad. Y este es el gran don que nos ha dado Jesucristo. El Señor nos ha liberado de la esclavitud gratuitamente y nos ha puesto en el camino para caminar en la plena libertad.

*En la semana en la que se cumple el aniversario de la elección de Juan Pablo II y las memorias litúrgicas de los santos Juan XXIII, Teresa de Ávila y Eduvigis de Andechs, cuyas «vidas son claros ejemplos de libertad cristiana», el Papa Francisco exhortó a mirar a sus experiencias para comprender cómo no puede haber «libertad sin responsabilidad y sin amor por la verdad». Lo hizo al finalizar la catequesis en los saludos dirigidos a los diferentes grupos de fieles presentes antes de guiar la oración del Padre Nuestro e impartir la bendición.*

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Los animo a mantener un espíritu de peregrinos, siempre en camino, siguiendo juntos las huellas de Cristo con libertad y alegría, hacia esa patria a la que Dios nos convoca. Que el Señor los bendiga a todos. Muchas gracias.